

Economía (capitalista) y moralidad.

*O de cómo y por qué la economía capitalista
podría o debería ser moral*

Este escrito en realidad fue redactado como introducción a un conjunto de artículos realizados por los alumnos del IES de Aller, Moreda, Asturias sobre este mismo tema: economía y moral y encuadrados por el Departamento de Plástica en forma de libro. No fue publicado, evidentemente, porque el único propósito que se perseguía era el ejercicio escolar.

(03/03/2013)

¿Cómo conjugar, en época de crisis, el bien con los bienes? El bien, el bien moral queremos precisar, no es una realidad **trascendente** al modo como lo entendería un antiguo platónico, un neoplatónico o incluso un cristiano agustiniano. El bien, al menos el bien que nos interesa resaltar aquí, es **inmanente** y, por tanto, ha de estar conjugado de algún modo con los bienes así como con las acciones que nos conducen a ellos. ¿Pero de qué manera? He aquí el problema. Porque el bien y los bienes no siempre pueden formar parte del mismo acorde, no siempre pueden formar una misma unidad armónica, aunque tengan que estar insertos en la misma sinfonía. Y no sólo porque pueda haber bienes que de algún modo podamos calificarlos de dañinos o peligrosos, sino porque puede también haber cosas buenas, léase **valores**, sentimientos, conductas, que no son propiamente bienes. Es justamente de esto de lo que queremos hablar, de la articulación de estos dos ámbitos; por una parte, del gobierno y administración de los bienes que tienen un valor económico, y, por otra, del gobierno y administración de las conductas que tienen también valor, pero no precisamente económico, sino un valor **ético o moral**.

El cambista y su mujer
Quentin Massys



Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/El_cambista_y_su_mujer_\(Quentin_Massys\)#/media/File:Quentin_Massys_001.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/El_cambista_y_su_mujer_(Quentin_Massys)#/media/File:Quentin_Massys_001.jpg) (19/01/2017)

Mientras el cambista pesa las monedas de oro para ver si han sido limadas y han perdido parte de su valor (hoy diríamos inflación), símbolo de la avaricia y, si acaso, del capitalismo incipiente, su mujer, que hojea más que ojea un devocionario, símbolo por tanto de la moralidad, se fija más en el dinero que en las reglas morales. El autor, Quentin Metsys, parece que quiere denunciar una fundamental deformación de la vida económica de la época (siglo XVI), de igual modo a como el espejo convexo, que se ve en un primer plano, deforma también la realidad exterior al propio cuadro. Un cuadro, por cierto, de ideas tan claras como moralizante

Dicho ahora desde un punto de vista **gnoseológico**; la moralidad y la economía, léase sobre todo economía capitalista, no son **categorías** disyuntas. Son categorías intersectadas y concurrentes en algunos puntos, por eso, no son separables aunque sean distinguibles. Nunca lo han sido, ahí están los grandes **vicios** como la **avaricia**, la mezquindad o la usura, o las grandes virtudes como la **generosidad**, la **esplendidez** o la **magnanimidad**, que prueban su necesario entrelazamiento al menos desde un punto de vista ético e individual. Lo mismo se podría decir desde un punto de vista moral o incluso político, hay vicios y virtudes que tanto podríamos encuadrarlas en la moral o en la política como en la economía: la **justicia**, que es la virtud política por excelencia, es sin duda inalcanzable sin contar con un horizonte económico que equilibre aquella o ayude a conseguirla. ¿Por qué si no en muchos casos para la consecución de la justicia se

recurre a la compensación económica? ¿Por qué si no el desequilibrio en la posesión o distribución de riquezas o en el modo de adquirirlas se considera con frecuencia escandalosamente injusto?

El problema se complica cuando a lo largo del desenvolvimiento histórico estas dos categorías llegan ambas a un estadio de desarrollo tal que surgen problemas hasta entonces infrecuentes o incluso impensables. Se podría usar la legislación o la filosofía misma como hilos conductores que nos llevasen en cada época histórica a comprender cómo ambas categorías fueron conjugando sus problemáticas. De modo que si vemos, por poner un ejemplo lejano, que a los largo de los diferentes libros de la *Biblia* se prohíbe reiteradamente la usura, eso es porque de algún modo se seguía practicando de manera continuada a pesar de su constante prohibición. Otro hilo conductor, si consultamos a los grandes filósofos vemos de qué virtudes o vicios se ocupan y preocupan en sus reflexiones en cada época histórica. Ocurre por ejemplo que si nos paramos en las grandes preguntas de Kant: ¿Qué puedo conocer? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo esperar? no encontramos la pregunta, o al menos no directamente: ¿qué o cuánto puedo poseer? Es evidente que esta pregunta ha adquirido una nueva dimensión y una nueva importancia después de haber aparecido el capitalismo. Kant no se la planteó porque en el siglo XVIII el gran capitalismo no había hecho notar todavía su fuerza arrolladora. El primero en plantearse la en toda su extensión y complejidad y a la vez el primero en dar una respuesta fue sin duda Marx. Pero lo hizo no ya desde un punto de vista moral, o no sólo, sino también, desde una perspectiva política y económica. La nueva coyuntura histórica le hará ver que la cuestión no competía sólo a la moral y a la política, sino también, e incluso sobre todo, a la economía, precisando más, a la **economía** política. Porque en realidad, y en esto le damos la razón a Marx, no hay economía exenta, no hay economía que no sea **economía política** ni, por otra parte, tampoco hay economía, añadimos nosotros, que pueda estar absolutamente desligada de la moral, precisamente por lo que dijimos que era siempre economía política. La política en el fondo, en su sentido más primitivo al menos, es una forma de moral.

El problema, volvemos a insistir, es cómo se conjugan ambas disciplinas, sobre todo porque entendemos que el estatuto **normativo** de cada una de ellas es muy diferente. ¿Qué tipo de leyes o normas rigen la economía? ¿Qué tipo de normas rigen el ámbito de la moralidad? Antes de continuar aclaramos que dentro de lo que vamos a llamar "*ámbito de la moralidad*" incluimos también a la ética en cuanto contradistinta aunque necesariamente ligada a la moral y ambas, a su vez, diferentes de la economía. Evidentemente el ámbito de lo económico y el de la moralidad son de índole muy diferente, las leyes económicas son muy diferentes de las normas que rigen la moral o la ética. Y ello sin perjuicio de que ambas se sitúen en el ámbito de las relaciones humanas (**eje circular del materialismo filosófico**) y no en el de las relaciones con la naturaleza (**eje circular**) por más que tengan que ver con ésta. Y sin perjuicio también de que ambas disciplinas establezcan normas destinadas a la preservación de los sujetos humanos corpóreos, sean éstos entendidos de manera individual **distributiva**, como la ética, o colectiva **atributiva**, como la moral, la política o la propia economía. Ambas categorías, economía y moralidad, se han institucionalizado y como tales establecen leyes, derechos y deberes, hasta el punto de que muchos de esos derechos son compartidos por ambas. De modo que podríamos decir que el derecho a un trabajo remunerado (a no ser esclavizado) es tanto un *Derecho humano*, ético, como un derecho propio del *Estatuto de*

los trabajadores y por tanto de carácter también económico, de política económica o de economía política, como se quiera. Lo mismo podríamos decir del derecho a una jubilación o del deber de pagar impuestos, etc.

La economía ciertamente se sitúa en una escala suprasubjetiva, una escala que incorpora más moral que ética, e incluso, más política que moral y, en cualquier caso más sociología que psicología. Las leyes objetivas (**nomotéticas**) de la economía operan en su mayor parte sin el concurso de las relaciones o normas éticas por más que estas intenten someter a aquellas. Economía y derechos humanos son normatividades entrelazadas pero irreductibles. Las leyes económicas de los mercados se desarrollan más allá de la voluntad de los individuos. Desde cuándo una ley en el mercado capitalista pudo por ejemplo hacer bajar el precio del pan, es más, si lo consigue aparece inmediatamente el estraperlo y el mercado negro con otro precio más ajustado y no por eso más justo, es decir, más alto por supuesto. Los mercados no suelen obedecer a la voluntad de los hombres, es como decía Marx, al revés: *es el ser social el que determina la conciencia*. Las relaciones económicas, capitalistas o no, se sitúan más allá de la psicología y de la ética, más allá de las voluntades individuales y de la libertad de su albedrío. Le economía es irreductible a la ética, tanto como la ética a la economía, y, a la vez, tanto como ambas a la psicología.

Es cierto, lo sabemos, lo hemos leído en Marx, *no es la conciencia la que determina el ser social*, de acuerdo, pero sin embargo constantemente lo intentamos y nos volvemos a preguntar, como si de una compulsión se tratase, ¿cuánto puede influir esta conciencia, esta voluntad ética, en nuestro ser social o económico? ¿Acaso no estamos viendo constantemente por los medios de comunicación que una de las causas de la crisis de la economía, en España sobre todo, es la corrupción, la corrupción política en cuanto prolongación de una corrupción ética y moral de los políticos de turno? Incluso parece que aunque se considerase que los determinantes de la crisis económica y la normatividad ética fuesen elementos disyuntos o ni siquiera tangentes, sin embargo, parece que se coimPLICARÍAN, quizá dando como resultado un tercer ámbito donde entrarían en contacto: la economía capitalista, que es, según el parecer de muchos (anarquistas, marxistas, izquierdistas divagantes y extravagantes), el ámbito donde las leyes económicas son éticamente perversas necesariamente, tan perversas que en el límite, que no es otro que el tiempo que estamos viviendo, nos llevarán al fin mismo del capitalismo. Es la ambición, la codicia, dicen estos economistas moralistas, lo que mueve el capitalismo, y en el límite eso le llevará a su propio apocalipsis. No contemplan otras posibilidades: por ejemplo, que la corrupción pueda ser consecuencia más que causa de la crisis, que la corrupción sea algo no coyuntural sino ligado a la naturaleza humana, esté ésta en crisis económica o no, o simplemente que economía y corrupción sean fenómenos meramente yuxtapuestos pero no entrelazados. Incluso nadie contempla que la corrupción tenga un papel social y económico igualador o de cierta justicia social. ¿Por qué nadie se considera corrupto cuando encontrándose muy enfermo recurre a algún médico o administrativo de la salud para que le pase a la cabeza de la lista de espera? No, la tendencia es siempre a considerar que la corrupción, léase la falta de ética o moral, conlleva a la crisis o incluso a la catástrofe económica, y por ende, inversamente, que la honestidad o probidad ética conllevarían, si no a la prosperidad, sí al menos nunca nos llevarían a la crisis o a la ruina económica. Será por eso que ahora se empieza a hablar

de la “banca ética” o “banca cívica” y de la “economía del bien común”. Son estos movimientos de economía social en plena efervescencia.

El problema es que en este asunto estamos barajando diversas categorías o diversos órdenes que obedecen a leyes que se imponen según criterios de necesidad muy distintos. Si las leyes económicas son nomotéticas, universales y necesarias, a veces se nos imponen con tanta fuerza como las leyes de las ciencias físico-químicas, no ocurre lo mismo que las leyes del ámbito político o jurídico, su supuesta necesidad puede romperse, pueden desobedecerse. Y se puede hacer porque son **teleológicas** en la medida que intentan alcanzar unos fines de forma **proléptica** a la vez que intentan imponerse, en la medida de lo posible, sobre las demás leyes, incluidas las leyes del mercado. Pero resulta que estas leyes jurídico-políticas tampoco pueden regularse completamente a sí mismas. No queremos que las leyes sean inmorales o injustas, por eso parece que a los políticos corruptos no sólo o no siempre se les juzga desde el código civil o penal, sino desde la normatividad moral, porque de nuestros políticos además de eficiencia esperamos legitimidad y, allí donde no llega ésta, les pedimos honestidad moral. Recurrimos por eso a veces a la normatividad moral para regular en lo posible aquello a donde no llega la legalidad y el derecho. Si embargo, la fuerza de obligar de la moral, aunque más valiosa que la jurídica, es, sin duda, menos eficaz que aquella, por eso en ocasiones también carece de autorregulación y de eficiencia por carecer de recursos materiales que vayan más allá de la presión del grupo. En ese caso recurrimos, en última instancia, a las normas éticas, a los Derechos humanos dirían algunos. El último tribunal de apelación siempre parece que es el Tribunal de Estrasburgo, el de los Derechos humanos. Y éstas son las últimas normas a las que podemos apelar, si no contemplamos, claro está, la posibilidad de recurrir a las leyes divinas o a los Juicios de Dios. En cualquier caso sabemos que las normas éticas, menos aún que las normas morales que se sirven de la presión del grupo, no tienen fuerza de obligar como la tienen las leyes jurídicas de un Estado que necesariamente utilizan su poder ejecutivo para imponerse.

¿Es quizá por esto por lo que en estos tiempos que corren se observa un retorno a la ética? Sin duda. Los tiempos son muy otros. Todo parece que ha de ser pasado por el tamiz de la ética, y no sólo la conducta de los individuos, sino que también se habla de la ética de las empresas, y de la ética de la economía en general. El comportamiento moral y ético de los políticos es el tema estrella de los titulares de los periódicos. Incluso la religión parece que ha de estar sometida a las normas éticas, que no son otras que los omnipresentes **Derechos humanos**, que por supuesto siempre han querido situarse al margen de los propios *Mandamientos de la ley de Dios*, en un tiempo útiles pero hoy resultarían innecesarios para una sociedad políticamente **aconfesional** como la nuestra. De todos modos no está de más recordar también que el Vaticano rechazó en su día la *Declaración de los derechos del hombre* y aún es el día, creo, que no la ha suscrito. No obstante, todo parece querer sujetarse a la normatividad ética, hasta la economía, por supuesto. Nunca han proliferado tanto los **códigos deontológicos** de las empresas, bien es verdad que en el fondo suponemos que es para producir más no para ser mejores moralmente. No podía ser de otra forma, porque el objetivo de una empresa no es la virtud ética, sino la virtud de producir, de producir riqueza. ¿Acaso las empresas como **personas jurídicas** que son podrían ser consideradas sujetos éticos? La ética es de las personas físicas, lo mismo que la moral. ¿Para qué tanto código deontológico si las

empresas, en cuanto personas jurídicas son entidades, ética, moral y penalmente irresponsables? Desde el punto de vista penal al menos eso es cierto, dado que carecen de voluntad. *Societas delinquere non potest*, dice la locución latina. Hablar de ética de empresa es el mismo camelo que hablar de ética de la economía. Algo similar a hablar de la ética de la lluvia o de la del arco iris. ¿Hablar de ética de empresa no será una manera que tienen los individuos, léase empresarios u otros dirigentes, de zafarse realmente de sus responsabilidades éticas? Son las personas físicas las que tienen responsabilidades éticas. La ética lo es siempre del individuo, del individuo corpóreo operatorio considerado distributivamente. Y las empresas, el mercado, los bancos, etc. no son individuos corpóreos operatorios. Si en ellos hay ética es porque son sus empleados, sus directivos o sus clientes los que se relacionan entre sí éticamente.

Pero el empresario no tiene en cuenta el cuerpo de sus clientes distributivamente considerados cuando hace o pretende hacer la ética. En realidad sólo tiene en consideración su capacidad de compra y su liquidez y sus mutuos intereses. ¿Desde cuándo la virtud ética se interesó sólo por el interés mutuo? Ni siquiera la ética **utilitarista**. Es cierto que las empresas, los bancos y todas las demás entidades económicas, buscarán, como dice Espinosa de las personas, la perseverancia en el ser, la fortaleza, pero no es una fortaleza ética sino económica, en todo caso sólo buscarían la **firmeza**, a veces la **solidaridad**(contra terceros), pero nunca la generosidad que es, sin duda, una de las principales virtudes éticas por cuanto es más desinteresada incluso que la solidaridad. Una empresa o entidad económica puede ser solidaria con otra porque al hacerlo o bien se ayuda a sí misma esperando reciprocidad o simple intercambio comercial, o bien porque al ayudarla ayuda con ello a hundir a la competencia.

Mucho han cambiado las cosas en poco tiempo, aunque en realidad la diferencia entre las generaciones pasadas y las actuales es más de contenido que de forma. Porque mientras que hace poco más de treinta años todo había de ser sometido a la religión, en España a la moral cristiana, ahora todo parece que ha de someterse a la ética, una ética **laica** aunque a veces bautizada. Pero la diferencia está en que mientras que los jóvenes de ahora ven la última garantía en la ética, los de entonces veíamos desde luego que la pretendida salvación no estaba en la moral cristiana que lo anegaba todo. ¿Cuánto anhelábamos liberarnos de ella? De la religión y de la moral. La moral, pensábamos, esclavizaba, la moral era del rebaño. Todos conocíamos esas frases. Nos convertimos, o al menos deseábamos hacerlo, en ateos a fuerza de leer, forzados, el *Catecismo*, en immoralistas a fuerza de leer a Nietzsche o incluso en marxistas a fuerza de leer a Althusser o a Marta Harnecker, como si pudiésemos situarnos más allá del bien y del mal y más allá incluso del **Estado** o más allá de toda **ideología** represora. Todos éramos un poco anarquistas, quizá porque todos sabíamos contra quién pensábamos. A diferencia de los jóvenes "*indignados*" de ahora, pensábamos que la solución no era ética o moral, por supuesto, pensábamos, erróneamente quizá, que la solución o era política o no era solución en absoluto. Por eso pedíamos **democracia**. Hoy no es así, se ven seguramente más jóvenes apolíticos que entonces, y acaso también más despistados. Es verdad que ya no piden democracia, cómo iban a pedirla si ya la tienen, sino que piden "*más democracia*". ¿Querrán decir una democracia más ética? ¿Sin políticos corruptos? Sin duda. Son *fundamentalistas democráticos*. Si entonces toda solución pasaba por la política para que no pasase por la religión, ahora parece que ha de pasar por la ética para que no pase por la política, al menos por la política de los corruptos y si ha de pasar por

la política que lo haga por la democracia incorrupta. Eticismo frente a politicismo, esta es la diferencia generacional. Y no es poca. Esa es la razón por la que los partidos de izquierda han ido perdiendo su condición de hacer política, pagando el precio de la renuncia a la revolución. Y quizá no les falta razón, las revoluciones las carga el diablo. No existen ya partidos revolucionarios, ni siquiera existen revolucionarios o anarquistas, estamos en el naufragio de la colectividad política, en el individualismo salvaje e incívico, en el sálvese quien pueda. En tiempos de crisis ni la colectividad (política) puede ser feliz, el problema de la pérdida del estado de bienestar, ni la felicidad puede ser colectiva. Epicuro redivivo: “*Toma tu barco y huye, hombre feliz, a vela desplegada, de cualquier forma de cultura*”, es decir, huye también de cualquier forma de política, toda ella parece corrupta o corruptora. Si podemos definir esta época tanto en sentido político como económico, incluso religioso, es por el individualismo. Es el individuo el que reivindica y el que se reivindica, y es el individuo el que produce y sobre todo es el individuo el que consume. Se confunden por eso a veces los derechos éticos con los derechos del consumidor, como si ser consumidor fuese un derecho. Muchas de las cosas que antes eran colectivas ahora recaen en el individuo. Las **creencias** por ejemplo. La **fe** también ha quedado confinada al ámbito de la intimidad individual. Las manifestaciones religiosas ya no son religantes, son más folclóricas que religiosas, el culto ahora es **cultura**, parece desposeído de la **Gracia** santificante.

Pero ¿no será todo esto más que una ilusión? Una forma más de aquella **falacia naturalista** que adelantó Hume y explicó G. E. Moore en sus *Principia Ethica*. Un empeño de pasar del ser al deber ser. En el caso que nos ocupa, el empeño de que las leyes económicas, que se comportan como se comportan, de forma necesaria en su mayor parte, queremos hacer que se comporten como debieran. ¿Es eso posible? No sabemos responder a esta pregunta. De hecho es posible que pueda interpretarse todo lo contrario. Porque en realidad, si nos fijamos, la ética de la que hablamos es sólo discursiva, intencional, programática. Se habla de ella, sí, constantemente se está hablando de Derechos humanos, de solidaridad, por cierto nunca de **fraternidad**, de **igualdad**, nunca se dice en qué debemos ser iguales, es sospechoso. En cualquier caso ocurre con la ética como con el pan, sólo se habla de ella cuando falta. Es más, aunque no sea programática, como comentamos antes: ¿qué fuerza de obligar tiene la ética para contener a la moral? ¿Qué fuerza de obligar tiene la moral para contener a la política? ¿Qué fuerza de obligar tiene la política para controlar a la economía? Estas son las cuestiones a dilucidar. Porque de la misma manera que entonces la política no era la solución si la desligábamos de la moral, ahora la ética tampoco si la desligamos de la política. El asunto que hay que entender es que hacer política sin moral (atributiva) es prácticamente imposible.

Pero, sin perjuicio de que algunos políticos y legisladores tiendan a ello en ocasiones, entre ética y política no ocurre lo mismo que entre moral y política. Es prácticamente imposible realizar una política cuyas leyes fuesen de carácter ético distributivo. Si la ética es de lo universal, del hombre universal, la política no, es del ciudadano, es siempre grupal. No hay ciudadano universal, el cosmopolitismo es imposible, uno sólo puede ser “*polítes*” de una “*pólis*”, ciudadano de una ciudad, es decir, de un Estado. El cosmos no es una “*pólis*”, más bien es al contrario, la “*pólis*” es un tipo de cosmos, un tipo de orden y ni la cosmo-gonía, ni la cosmo-logía ni la cosm-ética tienen que ver con la ética. La política, como la moral, es siempre atributiva, o para dar más luz

al concepto: a-**tribu**-tiva, es decir, hace siempre referencia al grupo, es decir, es de la **tribu**. No existe la política universal, ni la tribu universal, que es justamente con la idea paradójica o abstracta con la que trabaja la ética. Ésta, a diferencia de la moral y de la política, es siempre **dis**-tribu-tiva, es decir, que su normatividad tiene sólo sentido en cuanto está desligada (dis-) de la tribu y por eso se presenta como universal y válida para todos los hombres. Pero no existe una política ni un gobierno universal de la humanidad. La ONU no es un Estado. El derecho internacional es un resultado de los convenios estatales, no existe sin los Estados con poder ejecutivo. El hombre abstracto o ético no existe. No existe un hombre sin raza, lengua, religión, sexo o ideología. Eso sería tanto como querer encontrar un número par que no fuese ni el dos, ni el cuatro, ni el seis, y así *ad infinitum*. Si la ética se ha globalizado, si la economía se ha globalizado, si las comunicaciones se han globalizado, si los conocimientos se han globalizado, el turismo, la contaminación, el transporte, todo parece que se ha globalizado, hasta la pobreza, sin embargo, la política no, no existe una política distributiva, universal o universalizable. No puede. Tampoco todos los números pueden ser pares, o primos. Ni siquiera este movimiento que propugna la economía del "*bien común*" puede tener en mente la idea de un bien común de la humanidad sino el bien común de una comunidad, que se logrará por cierto sólo gracias al mal común de otras comunidades o grupos humanos, porque la humanidad, lógicamente, no existe como unidad política, social, cultural o de derecho, ni siquiera cuando se habla de Derechos humanos, éstos son una ilusión de la abstracción. Porque si los derechos humanos se cumplen en algún sitio es porque algún Estado (tribu) los acepta y los hace cumplir dado que quiere (poder legislativo) y puede hacerlo (poder ejecutivo). Por eso en realidad si los Derechos humanos son derechos lo son porque también son derechos de los Estados nacionales que quieren defenderlos y los han asumido en sus constituciones o en sus legislaciones.

Por otra parte, ahora desde una perspectiva ético-moral, el hundimiento de las distintas políticas y de los distintos gobiernos frente a la crisis ha hecho pensar que la corrupción o incluso la depravación moral de nuestros políticos, que seguramente no son otros que los que merecemos, es la causa de todos los males económicos que padecemos. No se pensaba eso cuando no había crisis. La crisis nos ha hecho menos permisivos con las políticas económicas en su mayor parte derrochadoras y pródigas. A la fuerza. Pero en vez de pedir más compromiso político tanto a los gobernantes como a los ciudadanos, curiosamente se pide más ética. Más ética y ciudadanía por ejemplo en la enseñanza, como si la ética que enseñásemos a nuestros pupilos nos salvase del comportamiento inético de nuestros políticos, banqueros o empresarios corruptos. Como si un banquero o un empresario pudiesen aplicar virtudes éticas (léase generosidad) a sus actividades económicas. Un banquero generoso o un empresario espléndido son un banquero y un empresario arruinado, su actividad no puede ser ética salvo en momentos puntuales, porque su actividad económica se basa en el interés, en el interés mutuo del productor y del consumidor, hay entre ellos una concordancia de intereses mutuamente egoístas y mutuamente rentables. Por eso funciona tan bien el **capitalismo**, hay entre ellos una cierta solidaridad; a uno le interesa lo que le conviene al otro, uno vende porque gana, el otro compra porque de no hacerlo perdería. Sin embargo, esta solidaridad mercantil, base de la relación económica, no impide el mutuo egoísmo entre las partes, de hecho ese es el fundamento de la relación comercial, pero sí impide la generosidad ética. Esto es lo que aleja a las relaciones económicas y de mercado

de la ética, porque la solidaridad es más una virtud moral o política que una virtud ética. El mercado, y menos aún el mercado capitalista, las empresas, los bancos, las entidades financieras, no se pueden basar en la generosidad, por eso una sociedad de mercado no es una sociedad especialmente ética, al menos no en cuanto sociedad de mercado. Si lo fuera, sería, en efecto, una sociedad más virtuosa, más loable y meritoria, pero sin duda menos próspera e incluso menos enérgica y eficaz. El núcleo del asunto parece que individualmente está claro y se puede comprender más fácilmente quizá con un ejemplo: nadie quiere depender de la generosidad y del humanitarismo de un conocido o de una ONG, sino de lo que gana trabajando. Y las empresas no pagan por generosidad, mucho menos por **caridad** (que sería algo así como la generosidad a la que añades ciertas dosis de amor desinteresado), sino por la diferencia del plusvalor entre lo que produces y lo que cobras.

Lo único que produce riqueza es el trabajo y el trabajo aunque es valorable, no es un valor moral, y no lo es justamente por eso, porque tiene un precio, y los valores morales, en el caso de que sean algo (los valores no son, sólo valen) no tienen precio por mucho que los valoremos. Es más, en el momento les pones precio dejan de ser valores morales y empiezan a ser mercancías. La generosidad es un valor moral se dice, pero si eres generoso por la reciprocidad que ello pueda reportarte en el futuro entonces no estas comportándote moralmente sino comercialmente. Tu generosidad ya tiene un precio, no es un valor como gustan de decir muchos, no es una virtud, no es una excelencia. No se puede poner precio a la generosidad porque entonces se convierte en mercancía. Con el trabajo asalariado no ocurre eso, sí tiene un valor, un valor económico, lo cual no es poco, aunque casi siempre es menos de lo merecido, por eso nos pagan por trabajar y por eso nos parece bien cobrar por hacerlo. La generosidad, la piedad, el amor perderían su valor moral si se cobrase por ellos. ¿Cuánto pierde la moral si entra en ella el valor económico? Toda su esencia desde luego. ¿Cuánto pierde la economía si entra en ella el valor moral? Su esencia es posible que no, de hecho preferimos unas relaciones económicas honradas y moralmente respetuosas a otras que no lo son, pero si los valores morales pasasen a funcionar como principios de acción económica la rentabilidad indudablemente quedaría afectada.

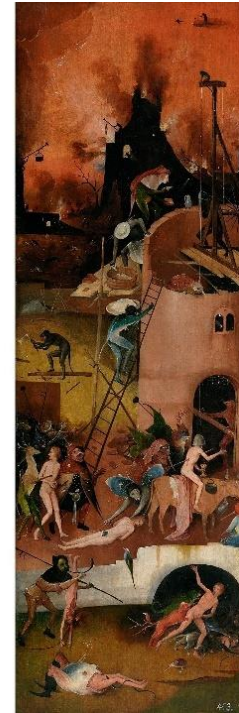
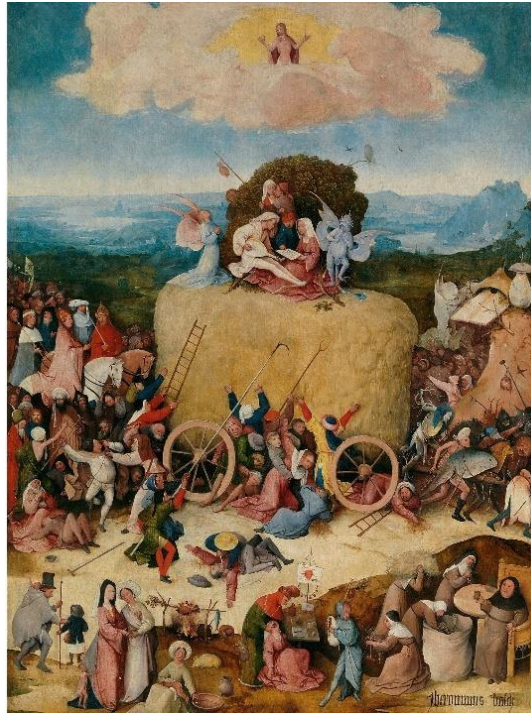
Las empresas en cuanto tales, en cuanto entidades económicamente productivas, no se pueden regir por principios de carácter ético. No es esa su finalidad. Tienen, sí, en sus libros de contabilidad un debe y un haber, pero curiosamente no tienen deberes éticos, cómo iban a tenerlos si sólo buscan beneficios y toda virtud que reporte beneficios siempre ha resultado sospechosa. El empresario, el banquero, el comerciante buscan para sus negocios buenos clientes, buenos trabajadores, buenos accionistas, o buenos comerciales, pero no buscan en absoluto clientes, trabajadores, accionistas y comerciales que sean buenos. Si por una parte, entonces, la economía capitalista no es ética, si lo fuese no sería rentable, por otra, la ética no busca la rentabilidad como lo hace la economía de mercado. Eso no quiere decir que tenga por qué alejarse de la moralidad o de la ética. Es preferible un banquero honrado que uno corrupto, sin duda, pero entre sus prioridades no está el conseguir rentabilidad a fuerza de generosidad. Sólo le pedimos que se ajuste a la ley, que no delinca. Sólo si la generosidad fuese rentable la economía capitalista sería ética. Pero la ética casi siempre produce pérdidas económicas. ¿Qué poco rentable es la ética? ¿Qué sería de los bancos que por generosidad condonasen a sus prestatarios sus deudas? No lo pueden hacer, es evidente, pero generalmente lo que se pide es que no

practiquen la usura y el lucro desproporcionado. Pero eso no se logra por la simple influencia de la racionalidad ética o la presión social de las normas morales, sino por la imposición de la ley o de los impuestos que servirían, en principio, para redistribuir la riqueza y los beneficios. La ética incluso no debe estar reñida con la economía de mercado, porque quizá la mejor manera de poder ser generoso es crear riqueza y no está demostrado, hasta el momento, que haya otro sistema mejor para crear riqueza que el sistema capitalista. Lo cual no quiere decir que los otros sistemas no sean capaces de crearla; el esclavismo también la creaba y también el feudalismo o el **comunismo**. No debemos olvidar no obstante que, considerado objetivamente el asunto, todos ellos han fracasado, dejaron de ser sostenibles, dejaron de ser posibles. No busquemos entonces la ética de lo imposible.

Con todo, el problema sigue siendo el límite de la creación, concentración y distribución de esa riqueza. Para lograr eso es necesario que la política consiga establecer unos límites. Bien, sí, pero el problema persiste, porque nunca están claros cuáles son éstos. El marxismo mantenía que para lograrlo era necesario que los **medios de producción** no pudiesen acumularse en manos privadas, sino que la riqueza fuese distribuida y administrada por el Estado. Consideraban que el capitalismo más que **amoral**, como podría pensarse, era **inmoral**, de ahí la moralización de su economía y de ahí también sin duda la pérdida de la eficacia económica del socialismo frente al capitalismo. La moralidad parecía conducir a la igualdad, al igualitarismo más bien, eso es lo que buscó el marxismo. Por encima incluso de la libertad. Y eso fue, sin duda, un factor más para que los trabajadores no mostrasen el interés individual suficiente para la producción de riqueza. ¿Para qué trabajar? ¿Para qué trabajar más o mejor si yo voy a seguir igual? Es difícil trabajar, aún es más difícil trabajar por un plus de generosidad igualitarista. El igualitarismo no es económicamente productivo ni rentable. Pero lo contrario, las grandes desigualdades que produce el capitalismo parecen aún más claramente inmorales, **inéticas** y a veces manifiestamente injustas. ¿Qué hacer entonces? Quizá bastaría con acotar ciertos límites para reparar el desequilibrio redistribuyendo la riqueza y subsanando necesidades. ¿Cómo? ¿Cuáles son los límites? He ahí el problema, ¿conjugar la eficacia economicista pero amoral o inmoral del capitalismo con la menor eficacia económica pero moralmente alta del comunismo marxista? Una solución a lo Deng Xiaoping, una economía de mercado socialista o un socialismo de mercado. ¿Si lo supiéramos?

¿Qué hacer ante esta nueva situación social y económica? Algunos filósofos, Gustavo Bueno entre ellos, nos recuerdan demasiado a menudo que las alternativas económicas suscitadas por los nuevos movimientos ante la crisis olvidan constantemente que el Muro de Berlín ha caído, que la URSS se ha desmoronado, que el sistema económico vencedor es el sistema capitalista y que de momento no hay alternativa. Sí, bien, eso es verdad, pero sólo media verdad, porque el hundimiento de un sistema no es prueba de que el otro, el sistema capitalista con el que competía en guerra fría, haya triunfado o que no esté también a punto de quebrar. Es más, no sabemos si el fracaso del bloque comunista se debió al éxito del capitalismo o más bien el éxito de este último fue causado en parte por fracaso de aquel. Es difícil de calibrar. No podemos entrar en esta interesantísima dialéctica, en donde se mezclan asuntos de geopolítica, geoestrategia, macroeconomía o sencillamente lucha de imperios o, como lo llamó Huntington: *“lucha de civilizaciones”*.

Carro de heno el Bosco



Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/El_carro_de_heno#/media/File:The_Hay_Wain_by_Hieronymus_Bosch.jpg (19/01/2017)

El carro de heno es una de tantas pinturas moralizantes de el Bosco. En este caso parece querer representar cómo repartir la riqueza (heno) a la vez de cómo elegir o rechazar los placeres, teniendo en cuenta el Cielo, tabla de la izquierda, y el Infierno, tabla de la derecha.

Pero para el tema que nos ocupa, sí que podemos pensar que es esta nueva situación del mundo libre occidental, libre del bloque soviético sobre todo, libre de la guerra fría y libre del freno socialista, la que explica este vuelco hacia la ética. Las distintas generaciones de **izquierdas**, desde los jacobinos hasta las izquierdas extravagantes o divagantes pasando por los socialdemócratas, parece que siempre se han autoidentificado con el proceder ético más que la derecha. Por el contrario la derecha capitalista ha visto el comunismo como el principio del mal, razón por la cual ahora al caer el comunismo el capitalismo deja de estar éticamente justificado frente a aquel. Necesitamos más ética quizá por eso. Será un espejismo, pero parecemos necesitarla. Al menos mientras no se invente otro mal frente al que el capitalismo se vea como el mejor de los mundos posibles. Y algunos quieren pensar que ya está asomando por ahí, no existe la URSS ya, es cierto, pero tendríamos para elegir a China o al Islam. De todos modos el asunto es confuso, porque el Islam sí es compatible con el capitalismo y China también por lo que parece, al menos su estrategia de fagocitarnos desde dentro de nuestros propios mercados así lo prueba. Por otra parte si identificamos Occidente con el Capitalismo resulta sin embargo que los contrincantes del Capitalismo no son los mismos que los contrincantes de Occidente, es cierto, pero ahí entran en juego no sólo factores economicistas como es lógico, sino todo el amplio espectro de elementos culturales: religión, ideología, modos de vida, tradiciones, etc. Lo que querríamos tener claro es que nuestro sistema económico no sólo es el bueno, el más eficiente queremos decir, sino que además es el mejor. Nos gustaría que fuera, y así lo defienden algunos, moral y éticamente irreprochable, sobre todo porque es el nuestro o quizá porque no hay

otro sostenible que se haya intentado hasta el momento. Es como si estuviésemos seguros que haber vencido y eso supusiese haber llegado ya al *Fin de la Historia* como dice Francis Fukuyama. El capitalismo habrá vencido, de acuerdo, pero la victoria parece **pírrica** y la finalidad incierta, al menos éticamente tan incierta como económicamente inestable. Las crisis periódicas nos lo demuestran.

Al capitalismo, en cuanto sistema económico, no se interesa en primera instancia por el ciudadano ético, la abundancia de generosidad iría contra el capitalismo. ¿Qué sería de la producción si se multiplicasen en demasía las ONGs? Sólo le interesa formar buenos consumidores, y decimos “buenos” no en el sentido moral, por supuesto. A su vez eso implica formar buenos productores, y decimos “buenos” también en el sentido de eficiencia. Al capitalismo le basta, como diría Kant, con que los individuos se comporten “*conforme el deber*” (legalmente), no “*por deber*” (éticamente). Por eso necesita del **derecho** más que de la moral y de la moral más que de la ética y de la ética más que del **amor**. Le ha venido bien siempre la religión, sobre todo la religión protestante, por la moralidad que implica, que por supuesto no está desligada del capitalismo como sabemos. Ya lo vio de forma clarividente Max Weber. Las ideas puritanas del protestantismo influyeron grandemente en el espíritu del capitalismo. Y seguramente las del catolicismo también aunque de otra manera. Aun sin verlo, aun sin saberlo, quizá por eso, ingenuos de nosotros, quisimos liberarnos de las ataduras de la religión, queríamos intercambiar culto por cultura, pensábamos que habíamos contribuido a la “*muerte de Dios*”. Sí, pero para qué, ¿para liberarnos de la estricta moralidad del sexto? Sin duda. También. Pero Nietzsche estaba equivocado, Dostoievski también, si matas a Dios no todo está permitido, sino todo lo contrario, otros prohibidores y opresores ocuparán su lugar. La pregunta moral no muere por ello. Tenía razón Kant, el “¿qué debo hacer?” es consustancial al hombre. Cuanta menos religión, más ética. Si Dios no prohíbe la usura, tendrá que ser la ética la que lo haga. Pero la ética, aunque más racionalista, siempre ha sido más timorata que la moral, sobre todo que la moral religiosa. Es evidente ésta procedía directamente de Dios, era un valor seguro. Pero no sólo por eso se necesita la ética, e incluso más ética, sino también porque económicamente la ética también se vende, o, para decirlo de otra manera, la ética es de alguna manera rentable al menos en parte o indirectamente. Ya mencionamos antes la proliferación de los códigos deontológicos de las empresas. Habría que inventar, perdón por el neologismo, la “*economética*”. Comte-Sponville utiliza otro neologismo igualmente interesante, la “*markética*”. También nos vale. Pero lo que se discute aquí es si es la virtud la que es rentable o es la rentabilidad la que nos hace virtuosos. Son cosas muy diferentes. Los segundo es calvinismo, ¿lo primero espiritualismo? ¿Hacia cuál de estas dos posibilidades es hacia la que se inclina el movimiento de Christian Felber conocido como “*economía del bien común*”? ¿Desde cuándo la **virtud** fue económicamente rentable? La virtud siempre fue costosa, difícil, improductiva, desinteresada por muy interesante que ella fuese. Además, la virtud siempre perteneció al “*agere*” (πράσσω), no al “*facere*” (ποιέω). Y la economía sin duda tiene más que ver con el “*facere*”, se ocupa de aquellas actividades que producen rentabilidad, de aquellas actividades que terminan en un producto independiente de quien lo fabrica y que, al final, se desprende del productor y su venta produce rentabilidad y plusvalía, pero no para el trabajador claro, o no sólo. La virtud, en cambio, pertenece al “*agere*”, cuyo hacer no comporta un producto final, no hay rentabilidad económica por tanto. Una virtud interesada parece poco virtuosa. El

hacer del virtuoso (*agere*), diría Kant, se hace “*por deber*”, el hacer del trabajador (*facere*) se hace por rentabilidad, aunque sea “*conforme al deber*”, claro que el trabajo también podría hacerse “*contra el deber*” (trabajo ilegal, esclavización, etc.), contra el deber moral o contra el deber legal, y en esos casos es cuando suele ser más rentable (para alguien), y por eso mismo tanto más atractivo cuanto menos moral o cuanto menos legal.

Lo que en muchos casos queremos para nuestra economía, para nuestros banqueros, para nuestros empresarios, es muy simple si lo analizamos desde la óptica kantiana: que todos ellos obren al menos “*conforme al deber*” sin que por ello sus obras, sus productos o servicios, dejen de ser rentables. Eso no está en contra del capitalismo, sólo del inmoralismo diría Kant. Lo que se discute después de Kant es si el propio capitalismo es en sí mismo inmoral, inético, insostenible desde el orden de la moralidad. En definitiva, ¿quién pone los límites a la economía capitalista? A veces es la propia economía, pero sólo cuando la rentabilidad del negocio es escasa, nula o negativa. Pero ese no es el límite que le preocupa al ético o al moralista o incluso al político. No es aquí donde está la moralidad de la economía. ¿Es que la economía, y la economía capitalista en particular, no es moral? Ya lo hemos dicho, la economía, como las demás ciencias, tiene sus leyes, su necesidad. Nadie dice que la ley de la gravedad haya de ser inética porque sea la ley de la que se aprovechan los suicidas cuando se tiran por la ventana. También es inútil tildar de inética la ley de acción y reacción porque ésta es la que permite a la bala del asesino matar a la víctima inocente. Las ciencias son tan amorales como la lluvia, incluso cuando esta es torrencial y produce catástrofes humanas. El ámbito de la necesidad, el que describen las leyes de las ciencias, está desligado en esencia del de la moralidad. Ocurre lo mismo en economía. ¿Alguna vez subieron los salarios porque los trabajadores no pudiesen llegar a fin de mes? ¿Alguna vez subieron los precios de los productos para que los agricultores o ganaderos pudieran rentabilizar los productos de sus labrantíos? En la economía parece que no influyen las leyes morales. ¿Por qué iban a hacerlo? Se trata de leyes diferentes de categorías diferentes. Mientras que las leyes científicas son necesarias e inquebrantables, la fortaleza de las leyes morales, jurídicas o éticas son frágiles y por lo tanto son por eso quebradizas. La economía no tiene moral. Y por ende la moral o la ética no resultan, si no indirectamente, económicamente rentables. La economía, al menos la capitalista, no tiene voluntad a pesar de ser realizada por personas, no es libre, se rige por leyes semejantes a la de la gravedad, que no pueden romperse, sólo pueden equilibrarse mediante otras leyes. Si los aviones vuelan no es porque hagamos que dejen de pesar, eso sería un **milagro**, es porque la ley de la gravedad, dentro de la mecánica de fluidos, es “compensada” por el principio de Bernoulli, otra ley inquebrantable.

La economía es un resultado de voluntades, no se rige por una voluntad individual, y lo mismo que un círculo de círculos no es un círculo, la confluencia de un conjunto de voluntades no actúa como una voluntad. Ocurre con la economía como con el comportamiento de las personas a la hora de escapar de un incendio en una sala de espectáculos. Cada una se rige por su voluntad, sí, pero el resultado de conjunto no difiere mucho del comportamiento browniano de las moléculas de un gas sometido a presión.

En economía pasa algo similar, aunque el comportamiento de las personas físicas o jurídicas (empresas, asociaciones comerciales, etc.), tomadas individualmente podamos decir que es racional y voluntario, no por eso podemos asegurar que sea ético o moral. Aunque todo comportamiento moral debe ser racional, no todo acto racional ha de tener que ser moral o ético. El mundo está lleno de asesinatos, imprudencias, ofensas, robos, desfalcos, etc. muy racionales todas ellas. Los actos económicos que se mueven por el interés y la rentabilidad son efectivamente racionales, pero a la vez puede tratarse de actos moral o éticamente reprobables. Si ahora estamos en crisis es seguro que saldremos de ella por razones económicas (control del déficit, control de la inflación, control financiero, etc.) pero ni estos controles se nos imponen por razones éticas o morales (en todo caso políticas) ni las razones morales que puede haber detrás de estos controles van a ser determinantes. Incluso aunque hayamos oído a economistas presentar imperativos morales, no son estos los que determinan el comportamiento de la economía en general aunque pudieran hacerlo oblicuamente. El IBEX-35 no depende de ningún imperativo categórico moral. Las leyes que rigen el mercado de cotizaciones no son leyes morales, ya lo hemos dicho. El individuo que invierte en bolsa no se pregunta más que por la rentabilidad. Y decimos eso incluso en el caso de que también influyan aspectos psicológicos, la confianza por ejemplo. Pero esas leyes son leyes sociológicas, nomotéticas, necesarias, en cualquier caso no parte de la normatividad moral. No hay libertad para su incumplimiento como ocurre con estas últimas. En la conjugación mercantil entre oferta y demanda, por ejemplo, lo que determina el comportamiento del mercado no es la generosidad o altruismo de los banqueros, mercaderes o comerciantes.

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, siempre se ha pretendido moralizar la economía, el **deber ser** luchando contra el ser, aunque eso fuese utilizando el recurso y la fuerza de la política disfrazada a veces de deber moral. En el fondo Marx pretendía algo similar. Su proyecto no es más que una politización o una moralización de la economía con el objetivo de evitar: la **alienación** de los trabajadores, la acumulación y el mal reparto de la riqueza, la desigualdad y la consiguiente lucha de clases, etc. Lo mismo pretenden hoy muchos ciudadanos aunque sea de otras muchas formas diferentes a las que ensayó el marxismo durante todo el siglo XX y a veces de forma atroz. Y como la moral no podía imponerlo, su fuerza de obligar es débil, hubo que hacerlo por la fuerza política. Y, en efecto, por la fuerza se acabó con la desigualdad, pero con ella se acabaron también otras muchas cosas, sobre todo con la libertad. “*Libertad ¿para qué?*” decía Lenin. El comunismo leninista pedía un hombre nuevo, diferente, en realidad un hombre **utópico**, imposible, un hombre no egoísta y si no se lograba con la educación se intentaba con la reeducación y si no había otros métodos, los campos de concentración o gulags. El capitalismo, en cambio, no tuvo que inventar nada, pedía al hombre que siguiese siendo lo que hasta entonces había sido: tremendamente egoísta y que se ocupase de sus negocios para ganar lo más posible. Algo no menos terrible, sin duda, pero en cualquier caso tal mandamiento no suponía dificultad alguna. El fracaso del comunismo está, suponemos, en la imposibilidad de encontrar ese hombre moralmente nuevo que nos lleve a esa economía nueva. No se puede, es cierto, transformar la naturaleza humana. No se puede, por lo mismo, moralizar la economía a ultranza. Pero a la vez era necesario acabar de alguna forma con la injusta y desigual distribución de la riqueza, de ahí su propuesta.

De todos modos ¿no suena aún hermoso aquello de *a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus capacidades*? ¿Por qué fracasó? Evidentemente no todo lo hermoso es rentable, a veces ni siquiera es viable. Pero seguramente no fue sólo por una razón. Como tampoco es seguramente por una sola razón por la que el capitalismo se ha mantenido. No obstante, lo atractivo de aquel sigue estando en el mismo lugar en donde está lo más rechazable del capitalismo: en la moralidad que implicaba su implantación ¿A cada cuál según sus necesidades? No, en el capitalismo ocurre todo lo contrario, pues surge lo que se ha dado en llamar el “*efecto Mateo*”, por aquello de la *Parábola de los talentos*: “*Porque al que tiene se le dará más y tendrá en abundancia, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene*”. El dinero, los bienes, pues, no son para quien más los necesite, como moralmente pretendía el comunismo marxista, sino para quien más tiene. El capital tiende a acumularse. Y eso es lo que no sólo Marx, sino desde el socialismo utópico del siglo XIX quiso evitarse. ¿Cómo? Inventando un sistema económico moralmente más equilibrado y, a la par, políticamente más justo. No sé si estaría bien decir crudamente que Marx quiso instituir una moral como economía, a algunos les parecerá un **oxímoron**, a otros una **tautología**. En cualquier caso fracasó. El problema es que de ese fracaso no parece que hayamos aprendido la lección. Seguimos queriendo moralizar el capitalismo aunque de otra forma. Queremos que el capitalismo cree riqueza, sí, pero no queremos que él se convierta en una religión o en una tiranía moralizante y nos domine. El problema no resuelto es si es eso posible. No queremos dejar que sea el mercado el que dicte los deberes. En una democracia, decimos, el soberano es el pueblo, pero ¿qué sabe el pueblo de economía? Quizá no mucho, pero debe saber que él es el soberano, por lo tanto debe saber también que hay que encontrar una fórmula para que no sea el mercado el que se convierta en soberano. Este es el problema de nuestro presente. Es más, ¿eso se puede hacer? No caeremos con ello en un mero voluntarismo ridículo. La política sanitaria no puede por sí sola acabar con las enfermedades, la biología tiene sus leyes que, por cierto, todo político debería conocer para aplicar una mejor política sanitaria. La economía también tiene sus leyes. ¿Cuánto se puede influir en éstas desde las leyes políticas o morales? Esta sigue siendo la cuestión. El vuelo de un avión tiene sus leyes, ¿cuánto pueden las leyes del tráfico aéreo modificar o intervenir en aquellas? *Mutatis mutandis*, ¿cuánto pueden las leyes políticas intervenir en la creación de empleo? Creer que las normas o la búsqueda de la virtud ética o moral puedan resolver por sí mismas un problema que es económico es confundir categorías que se rigen por leyes diferentes. De modo que, o bien los políticos saben de éstas, es decir se hacen economistas, o bien los economistas se hacen políticos. Esto es Platón, recordémoslo: los males de este mundo no se acabarán hasta que los gobernantes se hagan filósofos o los filósofos gobernantes. Conocer la necesidad de las leyes de la economía es la única manera de controlarla. Parafraseando a Espinosa, la libertad que el conocimiento de la economía otorga al gobernante y al gobernado, supone siempre la conciencia de la necesidad de sus leyes. No caben milagros. Vale.

Salvador Centeno Prieto

IES Valle de Aller. Moreda (Asturias)